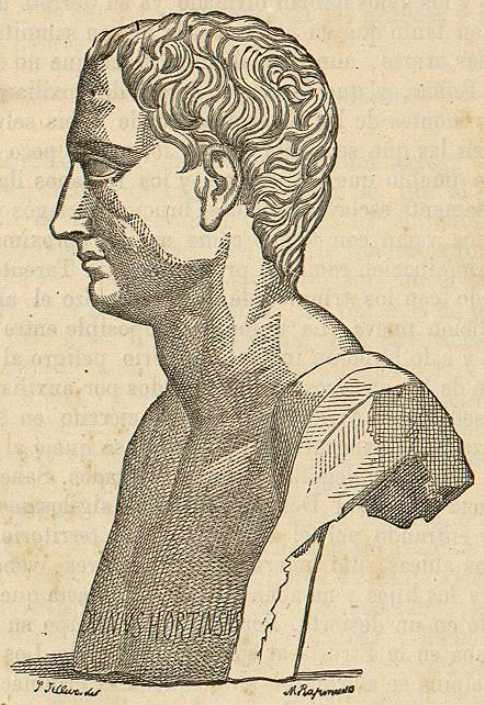
Victoria de Aquilonia (293): sumision de los samnitas y de los sabinos (290): dictadura popular de Hortensio (286).

Estaba disuelta la coalicion; pero no habian quedado exterminados los samnitas, pues muy lejos de eso, el año siguiente derrotaron á un cónsul y los romanos no se atrevieron á pasar el invierno en su pais. Afortunadamente acababan los etruscos de firmar una paz de 40 años, y entonces se concentró en el Samnio la guerra. Como quince años antes, los jefes samnitas llamaron á la religion en auxilio de la union y del patriotismo. El anciano Ovio Paccio reunió 40,000 guerreros, y entre ellos se contaban 16,000 hombres escogidos (la *legion del Lino*), que juraron vencer y morir, y cumplieron su palabra, pues quedaron 30,000 samnitas en el campo de batalla de Aquilonia (293). Sin embargo, probaron un nuevo esfuerzo á las órdenes del héroe de las Horcas Caudinas, y al cabo de 29 años Poncio apareció de nuevo victorioso en los llanos de la Campania. El hijo de Fabio se atrevió con él y salió vencido; mas su padre pidió al senado que le permitiese servir á sus órdenes y el vencedor de Perusa y de Sentinum dió el último golpe á aquella guerra: perecieron 20,000 samnitas y Poncio Herenio cayó prisionero, y fué decapitado despues del triunfo. La guerra era un duelo á muerte.

Durante un año persiguieron las legiones á los restos de los ejércitos samnitas, hasta que Curio arrancó por fin á aquel pueblo la confesion de su derrota, y en virtud de un tratado cuyas cláusulas ignoramos, quedó incluido entre los aliados de Roma (290). Una colonia de 14,000 hombres ocupó á Venusa entre el Samnio y Tarento, á fin de contenerlos. Curio sojuzgó tambien á los sabinos y al regreso de aquella expedicion que llevó hasta el Adriático, dijo estas palabras que demuestran cómo hacian la guerra los romanos: «He conquistado tantos paises que estas regiones serian una inmensa soledad si tuviera menos prisioneros para poblarlas; y he sometido tantos hombres, que no podriamos alimentarlos, si hubiese conquistado menos tierras.» Así fué que entregó á cada ciudadano siete yugadas,

y no reclamó para sí mayor recompensa. Los sabinos adquirieron el derecho de ciudadanía sin sufragio, y Castrum y Adria recibieron colonias. Curio triunfó dos veces en un año, honra hasta entonces sin ejemplo que, con el respeto que cobró su nombre, declara cuán grandes fueron sus servicios. La guerra del Samnio estaba terminada



Hortensio.

Tambien lo estaba la del foro. El pueblo que se levantó nuevamente por la cuestion de las deudas se retiró al Janículo; pero nombraron dictador á Hortensio que abolió ó rebajó las deudas, confirmó las conquistas anteriores de

los plebeyos y aseguró el fiel cumplimiento de las leyes de Publilio Filon (286).

Tercera coalicion de los etruscos, los senones y los boyos (285-280): batalla del lago Vadimon (283).

Todo el centro de Italia sufria la dominacion ó la alianza de Roma; mas sin embargo, en el norte eran hostiles los etruscos y los galos habian olvidado ya su derrota de Sentinum, en tanto que en el sur, si la nacion samnita habia soltado las armas, aun quedaban partidas que no querian paz con Roma, y que fueron en busca de auxiliares á los abruptos montes de las Calabrias, donde habia selvas inmensas en las que se habia venido formando poco á poco un nuevo pueblo que los griegos y los romanos llamaban desdeñosamente esclavos rebeldes, brucios. Griegos y lucanios, todos veian con temor cómo se iba aproximando á ellos la dominacion romana; principalmente Tarento que, exacerbado con los triunfos de Roma, se hizo el alma de una coalicion nueva. La union era imposible entre tantos pueblos, y solo hubo un instante de sério peligro al norte, por parte de los etruscos, que sostenidos por auxiliares senones, asediaron á Arretium. Salió un ejército en socorro de la plaza y fué exterminado; el senado se quejó al consejo de los senones y degollaron á sus diputados. Sabedor de esta noticia el cónsul Dolabela atravesó sigilosamente la Sabina y entrando por el Picenum en el territorio galo, quemó las aldeas, dió muerte á los hombres, vendió las mujeres y los hijos y no abandonó el pais hasta que le vió convertido en un desierto. Por el mismo tiempo su colega desbarataba en la Etruria al ejército combinado. Los boyos de la Cisalpina se alarmaron ante aquella exterminacion de todo un pueblo galo, atravesaron el Apenino y llegaron con otro ejército etrusco hasta el lago Vadimon, donde les esperaba una completa derrota. El año siguiente hicieron la paz (282). Durante dos años mas la hostilidad de algunas ciudades etruscas puso en movimiento á las legiones, hasta que por fin les obligó á tratar la victoria de Coruncanio sobre los vulsinios (280).

Mientras se efectuaban estas operaciones en el norte, Thurium en el sur, imploraba el auxilio de Roma contra los lucanios. Fabricio derrotó á los habitantes de Thurium y puso guarnicion en su ciudad (282), y á su regreso entregó al tesoro 400 talentos, despues de haber gratificado generosamente á los soldados y á los ciudadanos. Tan lucrativas campañas excitaban el amor á la guerra, que aprovechaban á la par las ambiciones de los grandes y la codicia de los pobres.

Guerra de Pirro (280-272): los tarentinos llaman á Pirro (280).

A la guarnicion romana de Thurium agregó el senado una escuadra de diez galeras, y un dia que el pueblo de Tarento se hallaba reunido en el teatro, enfrente del mar, aparecieron á la entrada del puerto las naves romanas. A su vista el demagogo Filocaris exclama diciendo que con arreglo á los antiguos tratados, los romanos no tenian derecho para pasar del cabo Lacinio. Los tarentinos corren á sus bajeles, atacan á las galeras, echan cuatro á pique, capturan una y degüellan á su tripulacion, y envalentonados con este fácil triunfo, van á expulsar de Thurium á la guarnicion romana. No tarda en presentarse á pedir satisfacciones un embajador romano y le reciben con silbidos é innobles ultrajes. «Reid, reid, ahora, les dice, que vuestra sangre lavará las manchas.» Era una declaracion de guerra. El senado envió un ejército que antes de atacar ofreció la paz; pero aunque los grandes la aceptaban, el partido popular desechó todas las proposiciones y llamó á Pirro, rey de Epiro. No fueron parcos con él los tarentinos en regalos y promesas: dijéronle que encontraria en Italia 350,000 infantes y 20,000 caballos, y no obstante los consejos de su amigo el tesaliense Cineas que redujo todo aquello á su justo valor y le señaló todos los peligros de la empresa, Pirro aceptó y dispuso 25,000 soldados y 20 elefantes. En la travesía sobrevino una tormenta que dispersó á la flota, y estuvo á punto de perecer la nave régia.

Batalla de Heraclea y Pirro sobre Roma.

A su entrada en Tarento, Pirro cerró los baños y los teatros, obligó á los ciudadanos á tomar las armas, y les ejercitó como si fueran sus mercenarios. Habian creido que el rey se batiria por ellos, y viendo que no era así, huyeron muchos. En Roma los cónsules alistaron hasta los proletarios, como se hacia cuando era grande el peligro. En vano Pirro quiso entrar en tratos, pues los romanos rechazaron sus proposiciones en razon á que ni querian ni podian ya admitir que interviniese un rey extranjero en los asuntos de Italia. La primera batalla se dió cerca de Heraclea. Los elefantes que los romanos no conocian, introdujeron en sus filas el desórden, causándoles una pérdida de 15,000 hombres; pero tambien Pirro perdió 13,000, y así fué que decia: «Con otra victoria como esta, me quedo sin ejército.»

Un triunfo tan costoso, los peligros que habia corrido y lo que supo acerca de Roma, inspiraron al rey griego la mayor estimacion por aquellos hombres que tenia por bárbaros. Cuando cruzó el Adriático se imaginaba que la guerra seria fácil y que podria contar con numerosos auxiliares, y ahora veia que los italianos le habian dejado combatir solo en Heraclea. Despues de la batalla, Locria le abrió sus puertas, la legion que custodiaba á Rhegium degolló á los habitantes y ocupó su lugar, y hubo muchos lucanios y samnitas que acudieron á su campamento; pero aun faltaba mucho para los 370,000 hombres prometidos. Pirro repitió entonces sus primeras ofertas que consistian en dejar libres á Tarento y á todos los griegos de Italia, y en devolver á los samnitas, á los apulios, á los lucanios y á los brucios las ciudades y tierras que les habian quitado los romanos, en cambio de lo cual daba su alianza y la libertad á sus prisioneros. Cineas cuya elocuencia habia ganado mas ciudades á Pirro que la fuerza de sus armas, segun decian, fué el encargado de llevar á Roma aquellas proposiciones acompañadas de ricos presentes para los senadores; mas no sobornó á nadie, aunque sin embargo, el senado

se inclinaba á la paz. «Lo primero que ha de hacer Pirro es salir de Italia, dijo el anciano Apio, y despues hablaremos de negociaciones.» Cineas recibió órden de salir de Roma aquel mismo dia, y volvió diciendo: «El senado me ha parecido una asamblea de reyes. Combatir con los romanos es combatir con la hidra: infinito es su número, como su valor.»

Pirro intentó un golpe de mano. Dejó la Lucania, evitó á Lavino que cubria á Nápoles y á Cápua, penetró en el valle del Liris y llegó con sus avanzadas á pocos kilómetros de Roma; pero nadie se declaró, y por el contrario, Lavino se acercaba mas y mas. Coruncanio que acababa de firmar la paz con los etruscos, traia de Etruria otro ejército, todos los ciudadanos se armaban, y antes de que este círculo formidable se cerrara en su derredor, Pirro se escapó con su botin á pasar el invierno en Tarento.

Batalla de Asculum (279): Pirro en Sicilia: batalla de Benevento (275).

El senado se decidió á rescatar los prisioneros que, en su mayor parte eran jinetes de aquellos cuyos caballos se espantaron con los elefantes. Pirro se negó, si bien consintió por simpatía al diputado Fabricio, en que fuesen á Roma los prisioneros para celebrar las saturnales. Ninguno de ellos faltó á su palabra. En la primavera del año 279 puso cerco á Asculum, que se decidieron á salvar mediante una batalla, los dos cónsules Sulpicio Saverio y P. Decio, sacrificándose este último, á ejemplo de su padre y de su abuelo. Los romanos salieron vencidos; pero su vencedor compró muy cara la victoria. Pirro veia que aquella guerra era para él muy lenta y peligrosa, y estaba muy resuelto á terminarla luego que encontrara un pretesto para poder hacerlo honrosamente. Fabricio le notició que su médico Filipo trataba de envenenarle, y entonces él dió libertad á los prisioneros sin rescate, dejó guarnicion en Tarento y en Locria y pasó á Sicilia llamado por los griegos contra los mamertinos y los cartagineses.

Con efecto, los cartagineses asediaban á Siracusa y el

yerno de Agatocles les obligó á levantar el bloqueo y fué rechazando á los africanos hasta Lilibea, que resistió á sus armas victoriosas. Sin embargo, aquí tambien despues de los primeros triunfos sobrevinieron la falta de acuerdo con los aliados y los enojos de una guerra que no se decidia. Pirro atendió á las súplicas de los italianos acosados por Roma, y dejó sin concluir su nueva empresa.

Los cartagineses destrozaron su escuadra cuando atravesaba el estrecho y se apoderaron de su caja militar, y despues se encontró con los mamertinos que se adelantaron á él en Italia. Uno de ellos, de agigantada estatura, se obstinó en perseguirle mientras sus tropas se abrian paso, y Pirro se volvió y de un hachazo le dividió el cuerpo desde la cabeza. Entró en Locria y saqueó el templo de Proserpina para pagar á sus mercenarios; pero él mismo decia que este sacrilegio atrajo sobre sus armas las iras de la diosa y su fortuna cambió en Benevento, donde le derrotó Curio Dentato. Los legionarios se habian familiarizado ya con los bueyes de Lucania, como ellos llamaban á los elefantes, y los ahuyentaban con una lluvia de dardos ó con teas encendidas. Su victoria fué completa: el campamento real cayó en su poder y entonces estudiaron la sábia castrametacion de los griegos.

Sumision de Tarento (272).

No pudiendo mantenerse ya en Italia, Pirro dejó á Milon en Tarento con una guarnicion y regresó á Epiro con 8,000 hombres que destinó á nuevas empresas: trató de reconquistar la Macedonia, fué proclamado rey por segunda vez, y al cabo pereció miserablemente en el ataque de Argos (272). Entretanto Curio triunfaba en Roma dentro de un carro tirado por cuatro elefantes, y llegaba á la ciudad una embajada de Tolomeo Filadelfo, rey de Egipto, á felicitar al senado y á pedir su alianza.

Algunos años mas duraron las hostilidades en el sur de Italia, hasta que por fin una victoria de Papirio Cursor y de Sp. Carvilio puso en dispersion á las últimas bandas samnitas, con lo cual se sometió este pueblo. Setenta años

hacia que se habia dado la batalla del monte Gauro y en tan prolongada guerra los cónsules habian alcanzado 24 triunfos. El mismo año recibió Papirio la sumision de Lucania, y Milon (272) entregó Tarento, cuyas murallas fueron destruidas y recogidas las armas y las llaves. Tomaron á Rhegium un año despues y apalearon y decapitaron á 300 legionarios rebeldes, habiendo perecido los demas en el ataque. En 268 se entregan á discrecion del senado los picenios, luego los sarsinatas y luego todos los umbrios, al paso que en el sur de Italia hacen lo mismo los salentinos y los mesapios, á quienes quizá habrian perdonado su alianza con Pirro, si no hubiesen poseido el puerto de Brindis que era el paso mejor entre Italia y Grecia. Finalmente, en Vulsini de Etruria, el populacho quitó sus privilegios á los nobles, que llamaron á los romanos y estos sitiaron la ciudad y la destruyeron despues de haber sacado 2,000 estátuas: fué el último acto de la guerra de la independencia italiana (265).

Los triunfos y los provechos de aquella lucha que habian enriquecido á la ciudad, á los grandes y al pueblo; las costumbres militares que en aquellos 78 años de combates adquirieron los romanos; todas aquellas victorias que exaltaron la ambicion, el patriotismo y el orgullo nacional, destinaban á Roma á una guerra eterna: el genio de las conquistas fué desde entonces el verdadero soberano en Roma.